

Historia de mi vida

Ubaldo Calvo

Me llamo Ubaldo Calvo, nací en Faramontanos de Tábara, Zamora, el 12 de octubre de 1933. Mi padre se llamaba Juan Calvo y mi madre, Cecilia Llagues, de cuyo matrimonio nacimos 5 hijos; yo soy el mayor y me siguen, Catalina, Juana, Avelino e Isidoro.

Mi padre se iba muy temprano a trabajar a la finca del Duque de Sotomayor, y como no volvía hasta la noche, me tenía que hacer cargo de ayudar a mi madre en todo lo que podía, a pesar de ello tenía tiempo de ir a la escuela y jugar con mis hermanos.

Parte de mi infancia fue muy feliz, pues tenía una familia a la que amaba y no teníamos mayores dificultades económicas. Con el correr de los años, al llegar a cumplir mis 12, empecé a trabajar con mi papá, íbamos a una quinta donde mi padre trabajaba la tierra con un arado tirado por una yunta de bueyes, mientras yo cortaba el pasto con una hoz y recogía los frutos del huerto, trabajábamos todo el día y a la noche regresábamos al pueblo donde estaba nuestra casa.

Durante cinco años hicimos el mismo trabajo. Un día, nos proponen ir mi padre y mi hermana a trabajar a la provincia de Guipúzcoa, a un pueblo llamado Villarreal, consiguiendo empleo en una fábrica. Los primeros tres meses vivimos en una pensión, luego alquilamos una casa, a la cual se vino a vivir toda la familia. Gracias a este trabajo vivíamos bastante bien.

La idea de mi padre era ir a la Argentina, pues cuando su padre murió, su madre y su hermano se fueron para ese país, dejándolo al cuidado de sus abuelos. Desde los seis años trabajó para ayudarlos, pero siempre pensando que algún día iba a reencontrarse con su mamá y hermano.



Mi padre, mi tío y mi hijo mayor.

Trabajamos muy duro para poder ahorrar dinero, durante años juntamos todo lo que pudimos, para comprar los pasajes, de nosotros tres: mi hermana Catalina, mi padre y yo.

Nos llevó mucho tiempo juntar los papeles para realizar los trámites del embarque, previo sacada de pasajes. Contaba yo con diecinueve años y una larga vida de mucho esfuerzo, y llegó el día de partir: la despedida fue muy triste, dejaba lo que más amaba en ese momento y no sabía cuándo los volvería a ver. Con el corazón partido dejamos el pueblo y nos dirigimos al puerto de Bilbao, nos embarcamos pero no dejé de mirar mi

tierra hasta que fue un punto en el horizonte.

Después de muchos días de viaje, no sé cuántos, llegamos a Buenos Aires. Aquí nos esperaba un tío de mi padre, que vivía en un pueblecito llamado Tronge, en la provincia distante a setecientos km de la Capital Federal.

Tomamos un tren, después de dos días de viaje atravesando una enorme llanura apareció a lo lejos el pueblecito, nos esperaba mi abuela que se había casado nuevamente.

Éstos tenían una casa de comidas, lugar donde mi hermana comienza a trabajar, nosotros lo hicimos en una planta acopiadora de cereales, ya que mi tío era el encargado, pero el dinero no alcanzaba, había que mandar a España, así que decidimos ir al campo los fines de semana, a manejar tractores, pues la paga era buena, y así con los dos trabajos podíamos mantener a la familia que estaba tan lejos, el tiempo transcurría y nos estábamos acostumbrando a esta nueva tierra.

Después de un tiempo mi padre cae enfermo, así que la entrada era menor, deciden hacerle un tratamiento que no da resultado y le amputan una pierna, en esas condiciones mi abuela decide llevarlo a vivir con ella, para cuidarlo ya que no podía valerse por sí mismo, haciéndome cargo de todos los gastos incluyendo la familia que estaba lejos.

Salgo a buscar más trabajo, y me encuentro con el pedido de un empleado en el ferrocarril General Belgrano, me presento, me toman a prueba, y

después de una semana me hacen efectivo el sueldo. Era muy bueno y tendría que dejar de trabajar en el campo, pero me alcanzaría con un solo sueldo, eso pensaba.

Los sábados y domingos que tenía franco me iba a un pueblo cercano llamado Treinta de Agosto, parando en un hotel, en el que al cabo del tiempo me hice muy amigo del dueño.

Para juntar más dinero y poder traer a mi madre y mis hermanos, comencé a ayudarlo en las tareas del hotel retribuyéndome con un sueldo. Gracias a este buen señor después de algún tiempo pude comprar la pierna ortopédica para mi padre: lo operaron, se la colocaron sin ningún problema y pudo volver a andar.

En dicho hotel vivía un señor mayor de nacionalidad vasca (*sic*)¹ que tenía mucha fortuna, pero como único familiar tenía un sobrino que no vivía allí, aunque lo visitaba a menudo, entablando una hermosa amistad con el sobrino, la que llevó a que nos quisiéramos como hermanos. El tío le regala un campo, en éste había una parcela que ellos llamaban quinta, con una casita muy hermosa, mi amigo veía todo el sacrificio que yo hacía viniendo de Tronge a caballo todos los días para ver a mi papá. Decide regalarme la parcela con la casita, fue tan grande la alegría, por fin tendría dónde vivir. Vendo parte de estas tierras y mando el dinero a España para que mi madre y mis hermanos vinieran a la Argentina.

Mientras tanto, mi hermana Catalina y mi padre se mudan conmigo, vamos a buscar a mi familia a Buenos Aires, mi felicidad era completa, ya estábamos todos juntos.

Con el tiempo mi padre se compra dos caballos y un carro, que usaba para ir al campo a comprar cueros y lana, mis hermanos le ayudaban, cuando tenían la cantidad suficiente se la vendían a un acopiador teniendo muy buenas ganancias

Pasaron tres años, y pude hacer que me dieran el traslado del ferrocarril de Tronge al de Treinta de Agosto, ya no tenía que viajar, empecé a frecuentar los bailes que se organizaban en el pueblo, y ahí fue que conocí a una mujer, nos hicimos de novio y después de cuatro años nos casamos, en ese tiempo nos hicimos nuestra casita, dejándole la quinta a mi familia.

Tuvimos tres hijos: Juan Carlos, el mayor; Cristina, la del medio y Carina, la más chica, los cuales me dieron siete hermosos nietos, y la mayor un bisnieto.

Actualmente me encuentro jubilado del ferrocarril siendo ínfima la suma que me abonan, pero un día llegaron a mi casa dos personas que decían ser

¹ Debe entenderse de origen vasco (N.E.).



Mi casamiento.

del Centro Castellano y Leonés y La Sociedad Española de Casbas. Buscaban españoles que estuvieran en una mala situación económica, fueron casa por casa, nos reunieron y ahí nos explicaron que teníamos derechos, que nosotros ignorábamos, nos tomaron todos los datos, y a los pocos días estábamos dándoles todo lo que nos pedían para tramitar nuestra inscripción consular, documentarnos y así poder acceder a la pensión asistencial previa que hasta que me pensionaron Castilla y León me mandó una ayuda, estas dos personas a las que les estaré eternamente agradecido son: Mónica Sambray, presidente del Centro Castellano y Leonés y Mario Álvarez, presidente de La Sociedad Española de Casbas, gracias a su buena predisposición, hoy me encuentro pensionado por España².

He pasado muchas cosas malas y buenas en mi vida, por eso es

² Respetamos la redacción de todo el párrafo, cuyo sentido se comprende (N.E.).

que rescato y agradezco a los que desinteresadamente me ayudaron y lo siguen haciendo, como el viaje que voy a hacer a Zamora, gracias al Centro Castellano y Leonés de Casbas, que va a hacer posible que mi sueño se haga realidad, volver a mi tierra antes de morir.

Hoy con setenta y tres años que tengo, puedo decir que hay que luchar en la vida y no bajar los brazos, que todo llega, no perder las ilusiones ni tampoco la esperanza. Yo sabía que algún día volvería a España, para recorrer los lugares de mi infancia y de mi juventud. El mes de noviembre del año dos mil seis quedará para siempre en mi recuerdo y el de mi familia, pues viajo solo y allí no queda ningún familiar vivo, pero estarán los compañeros del colegio y algún vecino que de mí se acordará.

Esta es mi breve y sencilla historia, donde todo lo que tengo lo logré con mucha esperanza y fe.